

GIL BREWER

**UN ASESINO
EN LAS CALLES**



Un asesino en las calles, quizá la mejor obra de Gil Brewer —autor, entre otras, de *13 French Street*, *Satan is a Woman* y *Flight to Darkness*—, no es, estrictamente, una novela policíaca. No hay nada en ella que resolver, ningún asesino que descubrir. El asesino está ahí, frío e implacable, desde las primeras páginas, y como él hay miles. Porque la responsabilidad de la muerte ha dejado de pertenecer única y exclusivamente a la sabia Naturaleza para pasar a manos de una sociedad disparatada, monstruosa y ciega que parece complacerse en su autodestrucción.

PRESENTACIÓN

Entre la razón y la locura

Los grandes maestros de la Serie Negra, cada cual a su manera, han creado diversos modelos de novela policíaca. Este carácter «ejemplar» de sus obras ha servido para que, más allá de la originalidad y el talento de los representantes de primera línea, un cuantioso número de autores menores adoptara, precisamente con carácter de modelo, los hallazgos de Hammett, Chandler o Ross Macdonald. Nos encontramos así con una voluminosa producción de obras que responden desde el principio al fin a las características de la Serie, pero que lamentablemente no van más allá de una monótona repetición de un esquema que ha perdido ya la eficacia de sus orígenes. Hoy hace falta mucho más que una aceptable habilidad narrativa para contar las peripecias de un triste detective privado empeñado sin remedio en la lucha contra toda clase de arbitrariedades. Son muy pocos los autores de la Serie Negra que continúan con un sentido trascendente por esta senda. Y sin desconocer los riesgos de una afirmación como la que sigue, quizá pueda decirse que solo Ross Macdonald, en la actualidad, ha alcanzado la dimensión necesaria como para que el largo ciclo de aventuras de su detective Lew Archer no haya perdido credibilidad. Macdonald, como sus maestros, ha situado a Archer en el centro de la historia, y es su vida la que importa, su experiencia humana, su propia inserción históri-

ca en el periplo de aventuras y degradaciones que ha elegido para actuar «contra» un mundo que ha perdido la escala del hombre.

En medio de la hojarasca, afortunadamente, siempre se han producido obras que han sabido apartarse a tiempo de los equívocos caminos de las fórmulas de éxito. El precio que han pagado, muchas veces, ha sido alto: el fracaso comercial, él desinterés o el olvido. No puede menos que resultar injusto que escritores de la talla de Horace McCoy o David Goodis —para citar solo un par de nombres de primera magnitud— hayan permanecido casi en el anonimato, para España y para buena parte del resto del mundo de habla hispana, hasta hace solo unos años. *Di adiós al mañana*, de McCoy, y *Viernes 13*, de Goodis, incluidos en esta colección, constituyen una muestra indiscutible de originalidad y brillantez dentro del género.

Gil Brewer, escritor norteamericano, autor entre otros títulos de *13 French Street*, *Satan is a Woman* y *Flight to Darkness*, no logró en el mundo de habla hispana, y a pesar de su repercusión en los USA a comienzos de los años cincuenta, exceder el circuito de algunas colecciones populares ni alcanzar el reconocimiento que su obra merece.

Un asesino en las calles es una novela estremecedora, violenta, descarnada, qué evita voluntariamente los esquemas convencionales de la Serie Negra, que encuentra su ámbito en las calles de una pequeña ciudad y a sus personajes en la psicopatología de una sociedad enferma. Ralph Angers, el homicida paranoico descrito por Gil Brewer en esta novela, no es excepcional. Como no son excepcionales ninguno de los otros protagonistas del libro. Y este es, tal vez, el mayor hallazgo de la novela y en esto radica, quizá, la capacidad del texto para «comprometer», sin apelaciones, al lector; para transformarlo en «otro» protagonista, que en este momento lee, pero que a continuación, en cualquier parte, puede toparse con «otro» Ralph Angers para comenzar a comprender, a través de una experiencia

sangrienta, que la frontera entre la razón y la locura es, en alguna medida, una convención, un límite ambiguo y engañoso del que estamos mucho más cerca que lo que nuestros esquemas de vida cotidiana, aparentemente firmes, nos permiten sospechar.

JUAN CARLOS MARTINI

1

Si puedo contar esta historia correcta y sinceramente, y presentar a Ralph Angers en estas páginas tal como era en realidad, me sentiré feliz. No resultará fácil. No había nada sencillo en Angers, excepto quizá los modales de ser superior con que hacía las cosas. Era un tipo extraordinario... vaya si lo era. Últimamente ustedes han leído en los diarios crónicas acerca de tipos que han hecho algunas de estas cosas, lo mismo que Angers. Todos ellos estaban encendidos al rojo debajo de la misma estrella helada cuando los cables se cortaron y la muerte se convirtió en un pigmeo. De modo que creo que será mejor que cuente esto. Actualmente hay muchos Ralph Angers en las calles, en los trenes, en los bares, en los hoteles, en las casas, en los campos de fútbol, y no hay absolutamente ningún método para saber «quiénes» son, hasta que sucede. Diablos, claro que no lo hay. De modo que esta es mi historia, y la explicación de cómo fue que me ocurrió y de cómo terminó. Ahora que lo pienso, terminó en una forma muy sencilla. Supongo que tenía que ser así. Se necesitaría una mente diabólica para concebir los horrores adecuados para... Pero escuchen.

Ustedes saben cómo la suerte se presenta por ciclos, buenos o malos, y ambas clases resultan equilibradas cuando uno hace el balance; o sea que después de una racha larga de mala suerte uno no debe preocuparse, porque la situación va a cambiar. Bien, yo me había excedido en seis

meses de este límite. Hacía tres semanas que no me molestaba en mentirle a Ruby acerca de mis salidas por la mañana en busca de un trabajo que no iba a encontrar. Las cartas estaban jugadas. Y me quedaba en casa. Me sentaba en el sofá de la sala y observaba cómo su vientre se iba hinchando y cómo sus movimientos se iban haciendo más lentos por el peso de nuestro primer hijo, y sabía que la criatura iba a nacer de un momento a otro. Pero esa mañana no pude seguir soportándolo. Sabía qué era lo que tenía que hacer. Salí de la sala y me encaminé hacia nuestro dormitorio por el pasillo.

Ella estaba tendida en la cama, y descansaba entre el lavado del porche y la preparación del almuerzo sin nada para cocinar. ¡Qué Ruby!

—Steve —anunció ella—, sentí una punzada mientras estaba trabajando. Quizá fue una falsa alarma, pero ya no tardará mucho.

No la miré. Me encaminé hacia la cómoda y me quedé allí, con la mano apoyada sobre el segundo cajón. Sabía que ella me estaba observando y yo levanté la vista hacia los objetos desparramados sobre el mueble. Un cepillo para el pelo y dos peines y una lima para uñas en un estuche de imitación cuero con ribetes cromados, y un espejo de mano comprado en un bazar por diez centavos y un billete arrugado de un dólar y una moneda de diez centavos y seis de un centavo, una de las cuales parecía haber sido golpeada dos o tres veces con una máquina fresadora.

—Probablemente se trata de una falsa alarma —insistió Ruby detrás de mí, y oí el crujido del somier cuando se volvió sobre la cama—. No he sentido ningún dolor desde que me acosté.

—Naturalmente —asentí. Aunque tal vez no se trataba de una falsa alarma, porque la única falsa alarma de su vida había sido su casamiento conmigo. Deja de pensar en esa forma, me dije—. Naturalmente —repetí—. Quédate tranquila.

Tiré un poco del cajón. Estaba atascado.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada.

—No me gusta pensar en una ambulancia, ni en nada parecido —comentó Ruby—. Cuida que se trate de un taxi, Steve.

—Claro que sí.

—Me gustaría tenerlo en casa, como se hacía antes.

—No hables así. Sabes que es mejor tenerlo en un hospital. Allí disponen de todo el instrumental necesario. Saben perfectamente qué es lo que hay que hacer. Además, en la casa no es higiénico.

—Las cosas cambian mucho, ¿no es cierto? Yo nací en el coche de papá, justo en el medio de Times Square.

—Conociendo a tu madre, apuesto a que se puso furiosa —comenté.

—Steve, no deberías decir eso.

—De todos modos, aquí no tenemos una Times Square.

—¿Qué haremos, Steve? El médico es muy amable..., me refiero a lo que dice respecto a los honorarios y a todo lo demás. ¿Pero qué haremos?

—Ya te dije que no te preocupes.

Abrí el cajón y me quedé mirando lo que estaba envuelto en el trapo de franela. Introduje la mano y lo toqué y ella empezó a hablar nuevamente, aunque esta vez estaba un poco asustada. Pensaba demasiado en eso.

—Imagínate que nazca en un taxi —el somier de la cama crujió—. Escucha, querido, procura llevarme allí con tiempo. ¡No sé lo que haré!

—No te preocupes.

—¿Qué estás haciendo ahí?

—Ya te dije que nada.

Saqué el objeto del cajón y lo desenvolví y guardé el trapo nuevamente en el cajón. Una Luger es una pistola buena y pesada, que produce en la mano la sensación que debe producir un arma, y basta empuñarla para saber cuán-

to poder encierra y que hará exactamente lo que uno quiera que haga y en el lugar donde uno cree que debe hacerlo. Eso es lo único que uno debe cuidar con una Luger... basta pensar en el lugar donde uno quiere meter el proyectil, y recula fuertemente y escupe al mismo tiempo la bala, fuerte, sólida, dirigida hacia donde uno quiere colocarla.

—Lamento lo que ocurre con tus pistolas, Steve. Es deplorable que hayamos tenido que venderlas todas.

Lo decía sinceramente, y no hablaba por hablar.

—Sí.

—¿Venderás esta también?

—No lo sé. Quizá me den treinta dólares por ella. O por lo menos veinticinco. Se trata de un amigo mío.

—¿Después de todo el trabajo que hizo el armero?

Me encogí de hombros.

—Es la última de tu colección.

—No es un ejemplar exclusivo. Es fácil encontrarlas.

—Tú querías guardarla. Ese dinero no nos bastará, ¿no es verdad?

—No.

Todavía no había mirado a Ruby y comprendí que lo mejor era dejar que creyese que pensaba vender el arma. Quizá si lo que había planeado para ese bastardo de Aldercook daba resultado, no necesitaría venderla. Aldercook era un perfecto bastardo. Me debía dinero y ahora yo tenía que llevar una pistola. Quizá la vendería igualmente. Esa arma guardada en el cajón resultaba tentadora.

Cerré el cajón y fui a sentarme sobre el lecho, junto a Ruby, empuñando la Luger, pensando que en el tarro de golosinas de la despensa tenía una caja llena con veinticinco proyectiles checoslovacos Parabellum de nueve milímetros.

Maldito Harvey Aldercook.

—¿Cuánto dinero tenemos? —preguntó Ruby.

—No lo sé. Creo que cuatro dólares con dieciséis centavos.

—Steve.

Yo la miré, apartando la vista del frío metal azul, suave y agradable al tacto, pulido como vidrio y más que cordial.

—No vendas la pistola.

—Ya veremos. Escucha, Ruby, iré al centro.

—Después de todo no pensabas venderla, Steve.

Nos miramos durante un rato. Ella estaba erguida sobre los codos, con las almohadas puestas a modo de respaldo detrás de sus hombros y su cabeza. Ruby era bella y seductora. Tenía un cuerpo largo y bien formado, un cuerpo vivaz, de huesos grandes y maravillosa y delicadamente delineados, y había gracia en cada uno de sus movimientos, incluso en el estado en que se encontraba, con el niño en el vientre. Tenía una boca ancha y serena, y su pelo parecía una masa espesa de azafrán ondulante, y sus ojos azules claros y ansiosos reflejaban en su brillo todo lo que ella tenía de bueno, y miraban serenamente a las personas.

—Será mejor que ponga manos a la obra.

—Espera —exclamó ella—. ¿A qué obra?

Ruby palmeó la cama, pero no me senté. Tenía puesto un vestido azul brillante con el cuello y los puños blancos y con botones blancos con forma de corazón a lo largo de toda la parte delantera. Ruby se había confeccionado sola el vestido y era un encanto. Ruby me gustaba mucho.

—Tengo que ocuparme de un asunto —le contesté.

Yo no cesaba de frotar la pistola con el pulgar. Era dura y fría, pero estaba empezando a entibiarse. Tenía cachas de ébano negro. Las balas se introducían como en un revólver calibre 32 con la estructura de un 38, pero la Luger era más importante.

Ruby giró la cabeza en otra dirección.

—Sabía que esto iba a ocurrir.

—No se trata de lo que tú piensas.

—Sí, es eso. Todas esas armas. Lo sabía, lo sabía.

—¿Qué diablos quieres que haga?

—Eso no.

Empecé a experimentar una sensación de ahogo, como cuando alguien me provoca. Este era un tema acerca del cual no quería hablar. Ni con Ruby, ni con nadie. Quizá el dinero era algo de su incumbencia, pero Aldercook y el método que yo emplearía para tomar lo que nos pertenecía era algo que corría por mi cuenta y que no quería discutir. Pensar en ese fantoche pálido de Aldercook me producía dolor en el entrecejo.

—¿Crees que voy a asaltar un Banco? —pregunté.

—No. Eres demasiado inteligente para elegir un Banco.

—¡Oh, Ruby, por amor a Dios!

—Ahora no, Steve. Ahora no. Si no fuese por la criatura, quizá podría entenderlo. Pero ahora todo ha cambiado.

—Hablas como si fuese un delincuente. Lo único que robé en mi vida fueron dos pilas de linterna que tomé de una tienda cuando tenía once años, y una botella de coñac que me llevé de un *bistro* francés de Alençon durante la guerra. Y me remordió tanto la conciencia que incluso le envié cinco dólares al dueño de la taberna cuando regresé a los Estados Unidos.

—Sí, pero esto es distinto. Te he estado observando, Steve.

Ruby me miró y vi en sus ojos el miedo a medias, el íntimo deseo de haberse equivocado.

—¿Y entonces qué? —pregunté. Mi voz estaba un poco ronca, como en todas las oportunidades en que me pongo nervioso—. Uno puede golpear con la cabeza contra la pared durante cierto tiempo, pero eso tiene un límite —dije. Y agregué—: El Sur no nos quiere, Ruby. Y no podemos volver al Norte. Ni siquiera podemos comer como se debe, y todos los malditos monigotes que uno ve están conduciendo un Cadillac y comiendo chuletas de primera, y nosotros ya ni siquiera tenemos el Ford.

—¿Desde cuándo te gustan los Cadillac?

—Está bien —murmuré.

Me encaminé hacia la cómoda y descargué el puño sobre su parte superior y las monedas de uno y diez centavos saltaron. Maldita madera ordinaria.

—¿Tenemos la casa, no es cierto?

—Bonita casa.

—¿No puedes hipotecarla?

Me volví y le contesté con una risita. No estaba pensando en el efecto que tenía esto sobre Ruby. Solo pensé en eso más tarde.

—Está hipotecada hasta el techo y tú lo sabes. Dentro de un par de meses no tendremos la casa.

—En esta ciudad te aprecian, Steve —afirmó ella, palmeando nuevamente la cama, aunque yo no hice caso de la invitación—. Tu padre nació aquí y le recuerdan y te quieren. Espera que se presente una oportunidad. Tienes muchos amigos en esta ciudad. Vaya, si cuando caminas por la calle todos dicen: «Hola, Steve, ¿cómo marchan las cosas?». Y...

—Sí —espeté—. Y además saben muy bien cómo marchan. Te repito que aquí están librando todavía esa guerra. Si no fuera así, ¿por qué no puedo conseguir un empleo? No estamos viviendo en la época de la depresión, Ruby..., ahora el calendario marca un período floreciente. Yo ingresé en la fuerza aérea en Jacksonville, y quizá no fui uno de los mejores, pero resulté bastante bueno. Hasta qué ese hijo de perra me metió el pulgar en el ojo y me dejó en un estado tal que ya no pude ver bien. Lo estropeó todo. Ya no puedo pilotar un avión. No quieren renovarme la licencia. Parezco un mecánico experimentado hasta que me ven cuando trato de trabajar con un destornillador o con una llave inglesa, o hasta que observan que me lastimo las manos metiéndolas en un ventilador, o hasta que descubren las cicatrices que marcan los lugares donde mi cabeza golpeó con todas las malditas tuercas y tornillos de una máquina. «¿No ve bien, Logan? —me preguntan—. ¿Ahí dentro hay poca luz?». «Veo perfectamente —contesto yo—. Sim-

plemente es que ayer tuve una noche un poco agitada, y nada más». «Bien, nosotros no toleramos noches agitadas..., no en este taller, Logan. Sospecho que si se queda en este empleo durante una semana más se estropeará con una bujía de encendido, o se pescará un constipado con la perilla de una palanca de cambio». Le pegué a un tipo porque me dijo algo así. Cayó sentado sobre un cubo de grasa. Se trata solo de que me excito demasiado, Ruby. Yo veo perfectamente. Claro, tengo que confesar que a veces fallo un poco al calcular las distancias. Pero puedo disparar una pistola. Ahora dime una cosa, ¿a qué se debe que puedo disparar tan bien, y sin embargo a veces debo subir a tientas por la escalinata del porche? El tuerto Logan. El único ojo bueno siempre me traiciona. ¡Sería capaz de degollar a ese pájaro del pulgar mugriento!

Me quedé inmóvil donde estaba, mirándola, sin saber qué efecto tendría esto sobre ella, pensando solo en mi mala suerte.

—Ruby, hace un año que no consigo un empleo duradero.

—Eres carpintero, Steve.

—Deberías verme clavar un clavo.

Ella sonrió, y después dejó escapar una risita. Entonces comprendí en qué estaba pensando y tuve que acompañarla en su risa, aunque mi espíritu estaba muy bajo. Era una suerte que uno no necesitase los ojos para eso. Supongo que me habría pegado un tiro. ¡Qué Ruby!

—Fue un bonito discurso —comentó ella—. Hace meses que no hablas tanto, Steve.

—Está bien —asentí—. En eso tienes razón. —Me senté en la cama, manteniendo la Luger entre las rodillas, mirándola y pensando en Harvey Aldercook. Yo estaba vencido y eso era todo. Necesitaba carne cruda o algo parecido. Entonces me puse nuevamente en pie—. Iré al centro —le dije—. Quédate aquí, sin miedo.

—Preferiría que me hicieras compañía, querido.

No le contesté. Me encaminé hacia el armario, me quité los *shorts* y los dejé caer sobre una silla. Deposité la Luger encima de los *shorts* y su aspecto me siguió fascinando. Me puse unos pantalones grises de gabardina y una camisa delgada, de mangas cortas.

—Preferiría que te quedases, querido —repitió Ruby—. Tengo una sensación extraña, Steve.

—Consévala —respondí—. No durará mucho.

Recogí la Luger y me encaminé hacia el lecho y besé a Ruby. Ella trató de sonreír, pero fracasó en su esfuerzo porque la expresión de sus ojos era imposible de disimular. Yo ni siquiera podía mirarlos. Ruby estaba muy preocupada, pero no por la criatura.

Pasé al comedor y me encaminé hacia la alacena. Metí siete de las brillantes cápsulas checoslovacas en el cargador y lo inserté nuevamente en la culata y puse el seguro. Después guardé la pistola en mi bolsillo trasero, en el lado derecho. Era pesada y cualquiera podía darse cuenta de que yo llevaba un arma encima, ¿pero qué diablos importaba eso? Volví al dormitorio y miré a Ruby. No se había movido de su posición. No quería mirarme. Tenía la vista clavada en la pared.

—¿Adónde vas, Steve?

—Tengo que atender un negocio —contesté.

—Por favor —murmuró ella—. Todo se arreglará.

—Mejor de lo que tú crees —respondí, y ella siguió resistiéndose a mirarme—. No volveré hasta dentro de una hora. Si necesitas algo, llama a Betty Graham, la vecina. Ella te oirá.

Ruby no hizo ningún comentario, y se limitó a mover un poco una pierna.

Yo me quedé un minuto en el mismo lugar, mirándola y deseando ser otro tipo, con un empleo permanente y un Cadillac... «Pero esas son ideas descabelladas —me dije—. De modo que piensa en otra cosa».

Volví a salir al corredor, atravesé la sala y abrí la puerta de la calle. Rogué que Harvey Aldercook estuviese en su yate, en el embarcadero. Pero estuviera donde estuviese, le encontraría.

Betty Graham regaba el jardín con la manguera. Se trataba de una muchacha regordeta, pelirroja, y tenía puestos unos *shorts* azules y un suéter verde. Me detuve en la acera.

—Oye, ¿quieres hacer el favor de cuidarme la casa? Volveré pronto, pero tú ya sabes en qué estado se encuentra Ruby.

—Naturalmente, Steve.

Betty me sonrió y se quedó regando su pie izquierdo, hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo y volvió el chorro de la manguera hacia la galería. Caray, agradecía a Dios no estar casado con ella, pero era una buena chica. Su marido también estaba un poco chiflado, así que se entendían.

—Cuando termine de regar el jardín, iré a visitarla —exclamó Betty—. No te preocupes, Steve.

—Gracias.

Me alejé calle abajo, pensando en Harvey Aldercook, mientras la Luger me pesaba en el bolsillo trasero del pantalón. Era un hermoso día de primavera y no había una sola nube en el cielo. Algunos chicos desharrapados estaban jugando en un callejón situado al otro lado de la calle, y cuando llegó el autobús yo me había lanzado a pensar en Ruby. De modo que invertí diez centavos en un viaje hasta el amarradero de yates y me senté junto a un anciano con una larga barba amarillo grisácea y con ojos que parecían terrones de espesa tierra gris, y manos huesudas y mugrientas que temblaban como enloquecidas sobre el pomo de su bastón. Su aspecto era enfermizo, mi estado de ánimo no lo era menos.

El autobús salió dando tumbos del barrio residencial, dobló hacia el este pasando frente a algunas gasolineras, y